

5 de julio de 2026 - 14º Domingo del Tiempo Ordinario

Zac 9,9-10; Rom 8,9.11-13; Mt 11,25-30

La familia que viene a Cristo

INTRODUCCIÓN

Un sacerdote parroquial visitó una vez a una mujer anciana que vivía sola en un pequeño apartamento. Sobre la mesa había tres objetos: una Biblia gastada, una fotografía de su familia y una pequeña mochila.

Con curiosidad, le preguntó por la mochila. Ella sonrió y dijo:

«Cuando me siento abrumada, pongo mis preocupaciones en esta bolsa. No las resuelvo todas, simplemente imagino que las coloco allí. Luego me siento en silencio y digo: “Señor, ahora tú te encargas de esto”.»

Más tarde, el sacerdote comentó: «Me di cuenta de que ella había descubierto algo muy profundo sobre la oración. Había aprendido a entregar aquello que no podía cargar».

Queridos hermanos y hermanas, en toda familia, la vida se sostiene por las relaciones. Hoy venimos aquí como personas unidas de muchas maneras: por la sangre, por la amistad, por la fe y por la experiencia compartida. Algunas de estas relaciones nos dan alegría y fuerza; otras están marcadas por la tensión, el silencio o el dolor.

Y, sin embargo, es precisamente en esta realidad donde Dios nos reúne hoy como su familia.

El Evangelio que escuchamos hoy habla directamente a nuestra vida:

«Vengan a mí todos los que están fatigados y agobiados, y yo les daré descanso».

Venimos aquí cargando muchas cosas. Algunas son visibles —enfermedad, responsabilidades, preocupaciones familiares—. Otras están ocultas —preocupación, culpa, cansancio, la presión de mantener todo en orden—. Y a veces incluso la fe misma se siente como otra tarea que debemos administrar.

Pero Cristo no permanece a distancia. Él está en medio de nuestra vida y dice: Vengan a mí.

No: «Arreglen todo primero».

No: «Háganse fuertes por sí mismos».

Sino simplemente: Vengan.

Y así, como una familia reunida en la fe, traemos todo lo que somos —y todo lo que nos pesa— a su presencia.

— breve silencio —

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo,

- Tú nos invitas a venir a ti con nuestras cargas, pero a menudo tratamos de llevarlo todo solos y confiamos solo en nosotros mismos. Señor, ten piedad.
- Tú nos invitas a tomar tu yugo sobre nosotros y a aprender de ti, pero con frecuencia preferimos nuestros propios planes y nuestro control. Cristo, ten piedad.
- Tú llamas a todos los que están fatigados y agobiados,

pero a menudo somos ciegos y lentos para reconocer las cargas de los demás. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Concede que, libres de todo lo que nos pesa, podamos venir a celebrar estos sagrados misterios con corazones renovados en la paz.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Hermanos y hermanas,
en la presencia del Señor que nos dice: «Vengan a mí y yo les daré descanso», elevemos ahora nuestros corazones en alabanza.

Incluso cuando llevamos cargas, somos invitados no a quedarnos centrados en ellas, sino a volvernos hacia Aquel que nos sostiene.

Con corazones agradecidos, glorificamos a Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo: Gloria a Dios en el cielo...

ORACIÓN COLECTA

Dios misericordioso,
tú no quieres cargar a tu pueblo, sino liberarlo. Enviaste a tu Hijo, Jesucristo,
que viene no como un gobernante distante, sino como un Rey manso que camina con nosotros en el camino de la vida.

Abre hoy nuestros corazones, para que podamos escuchar su invitación: «Vengan a mí», y aprender de su corazón, que es manso y humilde.

Que descubramos en él el descanso que nuestras almas anhelan,

y la libertad que tu amor quiere darnos.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo... Amén.

HOMILÍA: «VENGAN A MÍ Y ENCONTRARÁN DESCANSO PARA SUS ALMAS»

Un viajero llegó una vez a un aeropuerto internacional muy concurrido después de un vuelo de larga distancia. En sus manos llevaba dos maletas pesadas. Una de las ruedas ya estaba rota y, cada pocos pasos, la maleta se desviaba, obligándolo a corregir su dirección. En la espalda llevaba una mochila llena hasta el límite. En la mano sostenía también un bolso para el portátil —y, con dificultad, una caja de regalo que había prometido entregar.

En un momento dado, se detuvo en medio de la terminal, completamente agotado. Un empleado lo vio y le dijo, casi con naturalidad: «Sabes que puedes soltar algunas de esas cosas».

El hombre respondió: «No puedo. Todo es importante».

El empleado sonrió y dijo: «Tal vez. Pero no todo fue pensado para ser cargado de esta manera».

Ese momento refleja algo del Evangelio de hoy.

Queridos hermanos y hermanas,
todos llevamos cosas —algunas necesarias, otras
impuestas por nosotros mismos, otras que nos aplastan en
silencio—. Y en medio de esa realidad, Jesús pronuncia
palabras que parecen casi imposibles:
«Vengan a mí todos los que están fatigados y agobiados,
y yo les daré descanso».

No es un consejo.

No es un programa.

No es un sistema.

Es una invitación: Vengan a mí.

1. El Rey que viene de manera diferente

El profeta Zacarías nos da la primera clave para
comprender esta invitación. Anuncia a un rey:
«Mira, tu rey viene a ti, manso y montado en un
asno».

En el mundo antiguo, eso era casi absurdo. Los reyes
llegaban a caballo, símbolo de guerra y poder. Pero este
rey llega en un asno: un animal de paz, de carga, de la
vida cotidiana.

Un historiador señaló una vez que, cuando Alejandro
Magno avanzaba por regiones, las personas se sometían
o eran aplastadas. Pero el rey de Zacarías no hace ni lo
uno ni lo otro. Entra de otra manera. En silencio. Con
humildad. Cercano.

Y el Evangelio nos muestra esto cumplido en Cristo:
entrando en Jerusalén no con ejércitos, sino con palmas y
lágrimas; no para dominar, sino para salvar por amor.

Esto es importante. Porque el que dice «Vengan a mí» no
es un gobernante lejano. Es un Rey que comparte el
camino con su pueblo.

2. Las cargas que no siempre reconocemos

Jesús nombra algo muy humano: la carga.

Algunas cargas son evidentes: enfermedad, duelo, dificultades económicas, tensiones familiares. Otras son menos visibles pero igual de reales: la presión por tener éxito, el miedo al fracaso, la necesidad de parecer siempre capaces.

Un ejemplo moderno podría ser el constante ruido digital con el que muchos viven: mensajes, expectativas, comparaciones. Un psicólogo lo llamó «la tiranía de la disponibilidad»: la sensación de que nunca se nos permite descansar plenamente.

Y luego están las cargas espirituales: una culpa que no se suelta, la sensación de no ser nunca suficientes, incluso ante Dios.

A veces, sin darnos cuenta, nos volvemos como ese viajero en el aeropuerto: llevando cosas que nunca fuimos llamados a cargar solos.

3. «Vengan a mí» no es una orden, sino una puerta
Jesús no comienza diciendo: «Arreglen su vida».

No dice: «Primero háganse fuertes».

Dice: «Vengan».

Y el Evangelio muestra a personas que hacen precisamente eso:

- La mujer que sufrió durante años toca su manto.
- El leproso se acerca a pesar de estar excluido.
- Zaqueo se sube a un árbol solo para verlo.
- Incluso el ladrón en la cruz se vuelve hacia él en su último aliento.

Ninguno de ellos vino con una vida perfecta. Vinieron con necesidad.

Surge una verdad sencilla: la fe no comienza con el logro, sino con el acercamiento.

Hay una hermosa historia de los padres del desierto en los primeros tiempos del cristianismo. Un joven monje preguntó a un anciano abad: «¿Qué debo hacer para encontrar a Dios?» El anciano simplemente respondió: «Ve donde eres amado».

Eso es lo que Jesús está diciendo: Vengan a mí, donde ya son amados.

4. El «yugo» que lo cambia todo

Luego Jesús añade una imagen sorprendente:

«Tomen mi yugo sobre ustedes... porque mi yugo es suave y mi carga ligera».

Un yugo normalmente significa control, trabajo, peso compartido. Dos bueyes están unidos para tirar en una misma dirección.

Pero aquí está la clave: Jesús no dice que llevas el yugo solo.

Existe una antigua sabiduría del campo: un buey fuerte, trabajando solo, puede cansarse rápidamente bajo un arado pesado. Pero cuando está bien unido con otro, el más fuerte carga silenciosamente con el más débil. El peso se redistribuye. El movimiento se vuelve posible.

El Evangelio dice algo parecido: tu vida ya no se lleva sola.

San Pablo lo expresa en la segunda lectura de hoy: «El Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes».

Dios no observa desde lejos. Dios ya está presente dentro de la lucha.

Incluso Abraham Lincoln escribió una vez que con frecuencia era «llevado de rodillas» al darse cuenta de que su propia sabiduría no era suficiente. Y sin embargo, en ese mismo momento, descubría una fuerza que antes no tenía.

5. Por qué los «sabios» a veces no ven lo que ven los «pequeños»

Jesús alaba al Padre porque estas cosas están ocultas a los «sabios y entendidos» y reveladas a los «pequeños».

Esto no es un ataque a la inteligencia. Es una advertencia contra la autosuficiencia.

Un niño no se acerca a la vida con control, sino con apertura. Un niño recibe.

Hay una ironía silenciosa en el Evangelio: quienes creen verlo todo, a veces no ven lo más importante.

Un ejemplo moderno podría ser alguien tan concentrado en analizar una pintura que nunca llega a contemplarla realmente.

La fe, dice Jesús, no consiste en dominar a Dios, sino en recibirlo.

6. El descanso que Jesús da

¿Qué promete realmente Jesús?

No escapar.

No una vida sin lucha.

Sino descanso para sus almas.

No es sueño. No es evasión. Es lo que los Salmos llaman «verdes praderas» y «aguas tranquilas»: la experiencia de ser restaurados interiormente.

Piensa en un oasis en el desierto. El desierto no desaparece, pero la vida vuelve a ser posible.

Muchos cristianos descubren esta verdad en formas muy sencillas: una oración tranquila por la mañana, un momento de silencio después de un día difícil, una conversación en la que alguien se siente verdaderamente escuchado.

Un misionero dijo una vez que la oración no consiste en sacar tiempo de la vida, sino en encontrar vida dentro del tiempo.

7. Un Rey que carga primero la cruz

Hay una profundidad final en este Evangelio: Jesús no solo ofrece descanso, él mismo se convierte en el camino del descanso.

Él mismo carga el peso más grande: el rechazo, el sufrimiento, la cruz.

Eso significa que su invitación no es teórica. Es vivida.

No dice: «Vayan donde yo no he ido».

Dice: «Vengan donde yo estoy».

Y donde él está, siempre está con los que están cargados.

Conclusión – Una historia final

Se cuenta la historia de un guía de montaña que conducía a unos escaladores por una subida difícil. Uno de ellos insistía en cargar todo su equipo, rechazando la ayuda. A medida que avanzaban, se fue ralentizando, se agotó y finalmente cayó.

El guía, en silencio, tomó una de sus mochilas más pesadas, se la puso sobre sí mismo y dijo: «Sigues subiendo. Pero ya no subes solo».

La subida no se volvió fácil. Pero volvió a ser posible.

Ese es el Evangelio.

Jesús no elimina todo peso de nuestra vida.

Pero se niega a dejarnos cargarlo solos.

Y así, hoy nos dice de nuevo:

«Vengan a mí... y encontrarán descanso para sus almas».

Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Queridos hermanos y hermanas,

Jesús nos revela hoy a un Dios que no es distante, sino cercano: un Padre que nos introduce en la vida de su Hijo, y un Espíritu que habita en nosotros.

En medio de nuestras luchas y preguntas, somos invitados a poner nuestra confianza no solo en nosotros mismos, sino en el Dios que sostiene nuestra vida.

Junto con la Iglesia en todo el mundo, profesemos nuestra fe: Creo en un solo Dios...

PROFESIÓN DE FE ALTERNATIVA –

Confesión de Paz y Justicia

Conferencia Mundial de Cristianos, Seúl 1990

(para meditación personal solamente)

Creo en Dios, que es amor,
y que ha dado la tierra como un don para todos los
pueblos.
No creo en el derecho del más fuerte,
ni en el poder de las armas, ni en la fuerza de la opresión.

Creo en Jesucristo, que vino a sanarnos
y que nos libera de todas las formas mortales de
dependencia.
No creo que las guerras sean inevitables,
ni que la paz sea imposible.

Creo en la comunión de los santos,
que están llamados a servir a todos.
No creo que el sufrimiento deba ser sin sentido,
ni que la muerte sea el final,
ni que Dios quiera la destrucción de la tierra.

Creo que Dios desea un orden para el mundo
fundado en la justicia y el amor,
y que todos los hombres y mujeres son iguales en
dignidad y derechos.

Creo en la promesa de Dios:
justicia y paz para toda la humanidad.
Creo en la promesa de Dios:
un cielo nuevo y una tierra nueva,
donde la justicia y la paz se encontrarán.

Creo en la belleza de la sencillez,
en el amor con las manos abiertas,
y en la paz en la tierra. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Queridos hermanos y hermanas,
hemos escuchado la invitación de Cristo: «Vengan a mí
todos los que están fatigados y agobiados».
Al presentar ahora el pan y el vino, llevamos también ante
el Señor todo lo que cargamos dentro de nosotros: nuestro
trabajo, nuestras preocupaciones, nuestras relaciones y

nuestras cargas ocultas.

Pidámosle que transforme no solo estos dones, sino también nuestros corazones.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios de la vida,
el pan y el vino son signos de tu cercanía en nuestro camino.

Así como estos dones son transformados sobre el altar, transforma también lo que pesa en nuestro corazón: nuestra ansiedad, nuestra inquietud y nuestras cargas. Tú nunca nos pides más de lo que podemos llevar con tu gracia,
y nunca nos llamas a caminar solos.
Fortalécenos por este santo sacrificio,
para que aprendamos a confiar más profundamente en ti y encontremos descanso en tu presencia.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Te damos gracias, Padre fiel y misericordioso,
por Jesucristo, tu Hijo y nuestro Señor.
Él es el Rey que viene con humildad,
manso y montado en un asno, no para dominar, sino para salvar;
no para aplastar, sino para sanar.

Su corazón está abierto a los pobres, a los cansados y a los cargados.
Nunca pasa de largo ante el sufrimiento humano,
sino que se acerca, levanta y restaura.

En él reconocemos la verdad más profunda de nuestra vida:
no estamos solos en el camino.

El mismo Cristo que nos llama hacia sí es el que camina con nosotros. No espera solo en la meta: nos encuentra en el camino. Y en su presencia, lo que es pesado comienza a ser llevado con confianza, lo que está roto

comienza a ser sanado, y lo que parece abrumador es transformado silenciosamente por el amor.

En él vemos que tú no eres un Dios distante, sino un Dios cercano —como un Padre que reúne a sus hijos en una sola familia de amor—.

Y así, con todos los ángeles y los santos, como pueblo que ha encontrado descanso en tu misericordia y fuerza para el camino, proclamamos tu gloria:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Queridos hermanos y hermanas, Jesús nos revela hoy una verdad profunda: él comparte su propia relación con el Padre.

Nos enseña que la oración no consiste ante todo en muchas palabras, sino en la confianza: en acercarnos al Padre como hijos.

Con Jesús, y en su Espíritu, nos atrevemos a decir: Padre nuestro...

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, especialmente de las cargas que oprimen nuestro corazón: el miedo, la división y el desaliento. Concédenos la paz en nuestros días, y fortalécenos en tu misericordia, para que, libres de toda ansiedad innecesaria y confiados en tu presencia, mientras esperamos la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres quien da descanso a los cansados y paz al corazón inquieto.

Mira a tu Iglesia y a nuestro mundo, donde tantos llevan cargas pesadas —en las familias, en las naciones y en los corazones—.

Concédenos tu paz: no la paz de la comodidad, sino la paz de la confianza; no la ausencia de lucha, sino la presencia de tu amor en medio de ella.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que no permanece lejos de nuestras cargas, sino que las lleva con nosotros.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor no siempre quita nuestras cargas de inmediato.

Pero cambia la manera en que las llevamos.

En su presencia, lo que nos aplastaba se vuelve llevadero.

Lo que nos aislaba se vuelve compartido.

Lo que era pesado se convierte en un camino de confianza. Ya no estamos solos en el camino.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de misericordia, nos has alimentado en tu mesa y nos has permitido descansar por un momento en tu presencia. Haz que lo que hemos recibido aquí nos fortalezca para el camino que tenemos por delante. Enséñanos a vivir con más ligereza en la confianza, con mayor libertad en el amor, y más profundamente en comunión contigo y entre nosotros. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios Padre, que los creó por amor y conoce cada carga que llevan, llene sus corazones de su paz y los guarde en su cuidado. Amén.

Que Jesucristo, manso y humilde de corazón, camine con ustedes en todas sus luchas y dé descanso a sus almas. Amén.

Que el Espíritu Santo, que habita en ustedes y fortalece su debilidad, los conduzca a la libertad, a la esperanza y a la vida nueva. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en la paz de Cristo, llevando sus cargas ya no solos, sino en la presencia de Aquel que camina con ustedes.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

No se les pide que carguen la vida solos.

Lleven a Cristo lo que pesa—

y aprendan la fuerza silenciosa de caminar con Él.

6 de julio de 2026 – Lunes, 14ª Semana del Tiempo Ordinario

Oseas 2,16-18. 21-22; Mt 9,18-26

La fe que se extiende hacia el Esposo que da la vida.

INTRODUCCIÓN

En un pequeño pueblo costero se contaba la historia de un viejo pescador que salía solo al mar cada noche. Una tarde, una tormenta violenta se levantó de manera inesperada. Cuando regresó sano y salvo, empapado pero con vida, su esposa le preguntó cómo había logrado encontrar el camino de vuelta en medio de tanta oscuridad. Él respondió simplemente: “Nunca perdí de vista el faro.” Esa confianza serena en una luz que guía habla de algo profundamente humano: la necesidad de una presencia que nos conduzca seguros a casa.

Hoy la Iglesia también recuerda a Santa María Goretti, la joven mártir de la pureza y del perdón. En su breve vida, se aferró a una luz interior: la luz de la fe que la guió incluso frente a la violencia, y que brilló con mayor intensidad en su acto final de perdonar a su agresor. Su

testimonio nos recuerda que la gracia de Dios puede sostener la fidelidad y el valor incluso en los momentos más oscuros.

Las Escrituras de hoy nos hablan de Dios como el Esposo fiel que atrae a su pueblo al amor (Oseas), y de Jesús que entra en el sufrimiento humano con una compasión que da vida en el Evangelio. En ambos, Dios se revela no como distante, sino como íntimamente cercano: sanando, restaurando y llamándonos de nuevo a la vida.

Y así, mientras nos preparamos para escuchar su palabra y encontrarnos con su misericordia, reconocemos las veces en que no hemos seguido su luz con confianza o fidelidad. Nos volvemos ahora a Él con corazones contritos y pedimos perdón en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres el Esposo fiel que nos llama de nuevo al amor y restaura nuestras vidas: Señor, ten piedad.

Señor Jesús, tú respondes con compasión a todos los que se acercan a ti con fe, ya sea en la fuerza o en la

debilidad: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú eres la luz que nos guía a través de las tormentas y oscuridades de nuestra vida: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y fortalezca nuestra fe para acercarnos con confianza a su Hijo, el Esposo que da la vida, y nos lleve a la vida eterna.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que atraes a tu pueblo hacia ti con la ternura de un Esposo fiel

y devuelves la vida a quienes se acercan a ti con fe, concédenos, te rogamos, que sigamos la luz de tu presencia con firme confianza

y, como Santa María Goretti, permanezcamos fieles incluso en la prueba.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

HOMILÍA

En una sala de urgencias muy concurrida llegó una joven madre cuyo hijo había dejado de respirar tras un accidente repentino. Mientras los médicos trabajaban con desesperación, ella permanecía fuera de las puertas de vidrio, incapaz de entrar, incapaz siquiera de tocar a su hijo. Todo lo que podía hacer era susurrar: “Si tan solo pudiera alcanzarlo, vivirá.” Ese impulso —extenderse con fe hacia la fuente de la vida— está en el corazón del Evangelio de hoy.

En el relato de Mateo, dos personas se acercan a Jesús en su desesperación: un jefe de la sinagoga que se inclina profundamente en su dolor público, y una mujer que se abre paso silenciosamente entre la multitud, creyendo que incluso el borde de su manto contiene sanación. Sus maneras de acercarse son diferentes, pero su fe es la misma. Jesús responde a ambos, no por la forma en que se acercan, sino porque se acercan a Él. Aquí se hace claro el hilo conductor del Evangelio: “la fe que se extiende hacia el Esposo que da la vida.”

Esta es precisamente la imagen que nos ofrece Oseas en la primera lectura. Dios habla como el Esposo que conduce a su amada al desierto, no para abandonarla, sino para hablarle al corazón. “Te desposaré en fidelidad”, dice el Señor, “y tú conocerás al Señor.” El amor de Dios no es distante ni condicionado; es un amor de alianza, fiel y restaurador. Jesús revela el corazón de este Esposo cuando devuelve la vida a la niña muerta y la salud a la mujer que sufría. Y al hacerlo, muestra que el amor de Dios es más fuerte que el aislamiento, más fuerte que la enfermedad e incluso más fuerte que la muerte.

Santa María Goretti, a quien recordamos hoy, comprendió algo de este amor fiel. En sus últimos momentos, no respondió a la violencia con odio, sino con perdón. Su vida se convirtió en un eco silencioso pero poderoso de la fidelidad del Esposo: un amor que se niega a extinguirse incluso cuando es herido. Como la mujer del Evangelio, ella “tocó” el misterio de Cristo no en la grandeza, sino en la ofrenda escondida de su corazón.

Nosotros también nos encontramos con frecuencia

alternando entre estas dos figuras del Evangelio. A veces somos como el jefe de la sinagoga, llevando el peso de nuestras responsabilidades públicas, nuestras luchas visibles, nuestras necesidades urgentes. Otras veces somos como la mujer, cargando en silencio cargas que nadie más ve, esperando simplemente tocar el borde de la gracia. Cristo sale al encuentro de ambos. No rechaza a ninguno.

Y quizás por eso este Evangelio permanece en nosotros: porque nos asegura que ningún modo de acercarnos a Cristo es inútil cuando se hace con fe. Ya sea en voz alta o en silencio, en público o en lo escondido, con seguridad o con temblor, sigue siendo un gesto de acercarse al Esposo que da la vida.

Años después de su recuperación, aquel niño de la sala de urgencias preguntaría a su madre por qué nunca dejó de rezar fuera de las puertas de vidrio. Ella respondería: “Porque creía que el amor era más fuerte que la barrera que había entre nosotros.” De la misma manera, cada acto de fe —por pequeño que sea— es una mano extendida

hacia Cristo, que siempre nos toma de la mano y nos llama a levantarnos.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio, ofrecido con fe mientras nos acercamos al Señor que da la vida, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor, los dones que ponemos ante ti, y concede que, al acercarnos a ti con fe, seamos introducidos cada vez más profundamente en la alianza de tu amor y experimentemos el poder sanador de tu Hijo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque en tu misericordia nos has atraído hacia ti con la ternura de un Esposo fiel,

hablando a nuestro corazón y restaurándonos cuando estamos perdidos.

En tu Hijo, Jesucristo, has entrado en nuestro sufrimiento y en nuestra muerte, para que todos los que se acerquen a Él con fe reciban sanación, perdón y vida nueva.

Por Él, el clamor silencioso del que sufre es escuchado, el toque oculto de la fe es respondido, y el poder de tu amor se revela más fuerte que la misma muerte.

Por eso, con los ángeles y arcángeles, con los tronos y dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir, confiando en el amor del Padre que nos atrae hacia sí:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y fortalece nuestros corazones cuando la fe se siente frágil
o distante.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, acercándonos con confianza a tu Hijo,
seamos sanados y restaurados por su amor que da la
vida, y, con la ayuda de tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda
perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de
nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que dijiste a tus Apóstoles: La paz les dejo, mi paz les doy;
no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu
Iglesia,
que se acerca a ti con confianza y esperanza,
y concédele la paz y la unidad según tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
el Esposo que da la vida por su pueblo
y que responde a todo acto de fe con sanación y
misericordia. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En el silencio de este momento, hemos tocado al Señor
que da la vida.

Ya sea en la fortaleza o en la debilidad, nuestra fe se ha
extendido —y Él ha respondido.

Como la mujer entre la multitud y el padre lleno de dolor,
llevamos dentro de nosotros la certeza de que ningún
gesto de confianza se pierde.

Su amor es más fuerte que toda barrera, más fuerte
incluso que la muerte.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te pedimos, Señor,
que, renovados por este Sacramento celestial,
permanezcamos firmes en la fe,
acercándonos siempre a tu Hijo con confianza y amor,

y así seamos introducidos cada vez más profundamente en la alegría de tu alianza.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

El Señor los bendiga y los guarde,
fortalezca su fe para acercarse a Él en toda necesidad,
y llene sus corazones con la certeza de su amor que da la vida.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, acercándose con fe al Señor que da la vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Ningún acto de fe es demasiado pequeño: cada vez que te acercas a Cristo —ya sea en silencio, en la lucha o en la esperanza— Él te toma de la mano y te conduce de nuevo a la vida.

7 de julio de 2026 – Martes, 14ª Semana del Tiempo Ordinario

Oseas 8,4-7. 11-13; Mt. 9,32-38

Ver con los ojos de Cristo.

INTRODUCCIÓN

Un farero contó una vez cómo, durante una violenta tormenta, notó un débil destello de luz a lo lejos en el mar. Al principio pensó que era un barco en peligro, pero al ajustar su lente, se dio cuenta de que era otro faro respondiendo a su señal. «Incluso en el peor tiempo», dijo, «la luz habla a la luz». Ese descubrimiento cambió la manera en que soportó las tormentas a partir de entonces. Hoy la Iglesia también recuerda a san Willibaldo, obispo y misionero del siglo VIII, quien cruzó tierras y mares para llevar la luz del Evangelio a pueblos desconocidos. Su vida misma se convirtió en una especie de faro—constante, paciente y atento a donde Dios ya estaba obrando. En la primera lectura del profeta Oseas, escuchamos acerca de un pueblo que ha sembrado viento y cosecha tempestades, olvidando a Aquel que los formó. Sin

embargo, incluso en la advertencia, el deseo de Dios no es la destrucción sino el retorno, no el rechazo sino la renovación. El Evangelio nos muestra a Cristo recorriendo pueblos y aldeas, sanando, predicando y despertando la esperanza—pero también llamando a más obreros para la mies.

Es este contraste entre la generosidad divina y el olvido humano lo que nos lleva a mirarnos a nosotros mismos. Por las veces en que no hemos sabido reconocer la luz de Dios que ya brilla, por las veces en que no hemos respondido a su llamada a trabajar en su mies, volvemos ahora a Él y pedimos misericordia...

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, que miras con compasión a las multitudes fatigadas y en busca de sentido: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, que abres los ojos de nuestro corazón para reconocer la mies que está lista ante nosotros: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, que nos llamas a trabajar contigo y a compartir tu obra salvadora: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y abra los ojos de nuestro corazón para ver con la compasión de Cristo y servir generosamente en su mies, y nos lleve a la vida eterna.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que enviaste a tu Hijo al mundo para revelar tu compasión y reunir a tu pueblo disperso, concédenos, te rogamos, que sepamos ver con los ojos de Cristo y responder con corazones dispuestos a trabajar en tu mies, para que tu luz brille por medio de nosotros en todo lugar.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amen.

HOMILÍA

Un niño pequeño estaba junto a su padre observando a un pastor que intentaba reunir un rebaño de ovejas que se había dispersado tras romper una cerca. El pastor silbaba, llamaba y corría de un extremo del campo al otro, pero las

ovejas seguían alejándose más. El niño finalmente preguntó: «¿Por qué no consigue más ayuda?» Su padre respondió: «Porque está esperando que otros se preocupen lo suficiente como para venir a ayudarlo».

En el Evangelio de hoy, Jesús se parece mucho a ese pastor—recorre pueblos y aldeas, sana a un hombre que no puede hablar, enseña en las sinagogas, proclama el Reino y cura toda clase de enfermedades. Sin embargo, no actúa como si pudiera hacerlo todo solo. Al ver a las multitudes, cansadas y abatidas como ovejas sin pastor, se vuelve a sus discípulos y dice: «La mies es abundante, pero los obreros son pocos». San Willibaldo, que dejó su patria para trabajar en campos lejanos de misión, nos recuerda que la llamada a servir nunca está limitada por el lugar ni por la comodidad.

Hay un hilo conductor que recorre este Evangelio: ver con los ojos de Cristo. Las personas en el Evangelio de Mateo que contemplan las obras de Jesús ven esperanza y asombro, mientras que otros ven sospecha e incluso maldad. La misma realidad produce dos visiones

completamente diferentes. Oseas ya había advertido lo que sucede cuando las personas pierden esa visión divina: la vida se vuelve dispersa, vacía y autodestructiva. Pero Jesús devuelve la vista—no solo a los ojos del cuerpo, sino también a los ojos interiores del corazón.

Ver con los ojos de Cristo es también ver el mundo como un campo listo para la cosecha, no como un problema que debe evitarse. Es reconocer que los obreros no son «otras personas», sino nosotros mismos—bautizados, dotados de distintos dones, llamados a pequeños y grandes actos de servicio. Incluso el gesto más sencillo de cuidado se convierte en parte de la obra de Dios que reúne. El camino misionero de san Willibaldo no comenzó con la certeza, sino con la disponibilidad; y ahí es donde comienza todo verdadero trabajo.

En una parroquia, en cierta ocasión, había dificultad para mantener vivos los programas de ayuda. Una mujer anciana, incapaz de hacer mucho físicamente, comenzó simplemente horneando pan cada semana para quienes acudían al banco de alimentos. Otros la siguieron—unos

ofrecieron tiempo, otros habilidades, otros oración. Lo que comenzó como un pequeño gesto creció silenciosamente hasta convertirse en una red de cuidado que ninguna persona sola habría podido organizar. La mies, como dijo Jesús, era mayor que cualquier obrero individual.

Y así volvemos a la pregunta: ¿vemos como Cristo ve? ¿Reconocemos los campos ya maduros a nuestro alrededor, y estamos dispuestos a ser enviados? Al preparar nuestros corazones, pedimos perdón por las veces en que hemos sido ciegos a la presencia de Dios, lentos para responder a su llamada y dudosos para trabajar en su mies de amor...

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Orad, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio, ofrecido con corazones atentos a las necesidades de los demás y dispuestos a servir en la mies del Señor, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor, los dones que presentamos, y concédenos que, iluminados por tu gracia, sepamos ver las necesidades del mundo con los ojos de Cristo y ofrecernos en servicio amoroso para la reunión de tu pueblo. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque en tu misericordia no abandonas a tu pueblo cuando se extravía o pierde el camino, sino que envías a tu Hijo en medio de nosotros para sanar, enseñar y reunir lo que estaba disperso. Él mira a las multitudes con compasión, abriendo los ojos de los corazones para ver más allá del miedo y de la división, y llamando a cada uno de nosotros a participar en la obra de tu Reino.

Por Él, la luz habla a la luz,
y quienes responden se convierten en portadores de
esperanza,
obreros en una mies abundante por tu gracia.
Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria: Santo, Santo,
Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir, como hijos que
confían en el Padre que nos llama a compartir su obra:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y líbranos de la ceguera que nos impide ver tu presencia
actuando entre nosotros.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, renovados por tu gracia,
respondamos generosamente a tu llamada a trabajar en tu

mies, y, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda
perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro
Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que dijiste a tus apóstoles: «La paz os dejo, mi paz os
doy»;
no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu
Iglesia,
que busca ver con tus ojos y servir con tu compasión,
y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que mira con compasión a su pueblo
y nos reúne en la unidad por su amor sanador.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido al Señor que nos ve plenamente y nos ama sin medida.

Él abre nuestros ojos no solo a su presencia, sino también a las necesidades que nos rodean.

La mies ya está ante nosotros—silenciosa, esperando, abundante.

Lo que importa ahora es nuestra disposición para ver y responder.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor,
que, alimentados con este don santo,
crezcamos en la visión de Cristo,
viendo con compasión y sirviendo con corazones
generosos,
para participar en la reunión de tu pueblo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

BENDICIÓN SOLEMNE

El Señor os bendiga y abra los ojos de vuestros corazones,

para que veáis su presencia en quienes os rodean y respondáis con valentía y generosidad.

Y la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

DESPEDIDA

Podéis ir en paz, viendo con los ojos de Cristo y sirviendo en su mies.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Ver con los ojos de Cristo es reconocer tanto la necesidad como la posibilidad del amor—y luego responder, incluso de la manera más pequeña.

8 de julio de 2026 – Mié. 14ª Semana del Tiempo

Ordinario

Oseas 10,1-3. 7-8. 12; Mt. 10,1-7

San Kilian - La búsqueda mutua del amor

INTRODUCCIÓN

Un jardinero plantó una vez semillas en un terreno seco y agrietado. Día tras día volvía, sin ver ningún cambio, solo tierra dura y cielos vacíos. Los vecinos le sugerían que se rindiera, pero él seguía cuidando la tierra, esperando la lluvia que aún no llegaba, confiando en que la vida estaba escondida bajo la superficie incluso cuando nada parecía visible.

En este día la Iglesia también recuerda a san Kilian, el obispo misionero irlandés que dejó su patria con compañeros para llevar el Evangelio a Franconia, en la actual Alemania. Él también fue un hombre en búsqueda: buscaba a Cristo entre pueblos desconocidos, dispuesto a dar testimonio incluso hasta el martirio. Su vida refleja un corazón totalmente orientado hacia el Señor que primero lo buscó a él.

Las Escrituras de hoy ponen ante nosotros este mismo movimiento del deseo: Dios llama por medio de Oseas: “Busquen al Señor hasta que venga y haga llover la salvación sobre ustedes”, mientras el salmo nos exhorta a “buscar constantemente su rostro”. En el Evangelio, Jesús llama a los Doce y los envía, revelando que nuestra búsqueda de Dios siempre es encontrada por la búsqueda previa y amorosa de Dios hacia nosotros. Este es el hilo conductor de la Palabra de hoy: la búsqueda mutua del amor entre Dios y su pueblo.

Sin embargo, nuestros corazones a menudo están divididos, como los Doce que fueron llamados pero lucharon por permanecer fieles, como Judas que finalmente traicionaría a Aquel que lo eligió. Al comenzar esta Eucaristía, reconocemos esas divisiones dentro de nosotros y pedimos al Señor que las sane, para que nuestra búsqueda llegue a ser plena. Nos dirigimos ahora a Él con humildad y decimos: Señor, ten piedad.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos buscas con un amor fiel y paciente, incluso cuando nuestros corazones están divididos: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas por nuestro nombre y nos invitas a buscar tu rostro con un corazón indiviso: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos envías a compartir tu misión de buscar a los que están perdidos y devolverlos a la vida: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y sane las divisiones de nuestros corazones, para que respondamos plenamente a su amor que nos busca y lo busquemos con amor fiel, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nos buscas primero con un amor que nunca se cansa y nos llamas a buscar tu rostro sin cesar, concédenos, te suplicamos, que nuestros corazones sean hechos íntegros en tu servicio, para que, respondiendo a tu llamada, participemos fielmente en tu misión de reunir a tu pueblo. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

HOMILÍA

Un equipo de rescate de montaña salió una vez de madrugada después de que un excursionista no regresara de un sendero remoto. El clima se había vuelto duro, la visibilidad era mala y cada hora que pasaba hacía más urgente la búsqueda. Sin embargo, los rescatistas continuaron adelante, convencidos de que la persona perdida aún valía la pena encontrarla, aún podía ser alcanzada, aún era amada por alguien que la esperaba en casa. Su misión era simple: no dejar de buscar hasta

encontrar al que está perdido.

Esa imagen hace eco del Evangelio de hoy y de la vida de san Kilian, quien también dejó la seguridad de su hogar para buscar a quienes aún no conocían a Cristo. Como los Doce elegidos por Jesús, fue enviado en misión no porque lo hubiera dominado todo, sino porque primero había sido encontrado y no podía guardarse ese don para sí mismo. El mismo Señor que envió a Kilian envía a los apóstoles y nos envía a nosotros al mundo, marcados por el hilo conductor del mensaje de hoy: la búsqueda mutua del amor—Dios que nos busca y nos llama a buscarlo a Él.

En Oseas y en el salmo, la invitación es clara: “Busquen al Señor”, “busquen constantemente su rostro”. Sin embargo, el Evangelio revela algo aún más profundo: antes de que empecemos a buscar, ya estamos siendo buscados. Jesús llama a los Doce por su nombre, les confía autoridad y los envía a las ovejas perdidas de Israel. Pero la sombra de la traición ya está presente dentro del grupo. Judas no es un extraño; es uno de los elegidos. Esta verdad incómoda nos recuerda que la cercanía a Jesús no es lo mismo que

la fidelidad a Él. La llamada es siempre personal, pero también lo es la respuesta.

San Kilian comprendió esta tensión. Dejó Irlanda no solo para llevar una idea, sino para responder a una Persona que ya lo había reclamado. Su martirio es testimonio de un amor que no se retira cuando es rechazado. Y, sin embargo, el Evangelio no termina en el fracaso. Incluso la fragilidad de los Doce se convierte en el lugar donde la misericordia los reconstruirá después de la Resurrección. Este es nuevamente el hilo conductor: la búsqueda mutua del amor que no se rompe por la debilidad humana. Dios continúa buscando, incluso cuando nos alejamos; y nosotros somos invitados una y otra vez a buscar, incluso cuando hemos fallado.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio, ofrecido con corazones que buscan al Señor que primero nos busca, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las ofrendas que te presentamos
y concédenos que, al buscarte con corazones sinceros,
seamos atraídos cada vez más profundamente a tu amor
y hechos dignos de participar en tu misión salvadora.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu misericordia nunca dejas de buscar a los que
se han extraviado, y llamas a cada uno por su nombre
para que participe en el misterio de tu amor.
Antes de que nos volvamos hacia ti, tú ya te has vuelto
hacia nosotros; antes de que te busquemos,
tú ya has salido a buscarnos.
En tu Hijo revelas este amor fiel,
eligiendo y enviando discípulos para buscar a los perdidos
y proclamar la cercanía de tu Reino.

Incluso cuando los corazones vacilan, tu misericordia
permanece,
atrayéndonos de nuevo a la comunión que deseas.
Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza,
nos atrevemos a decir, como quienes han sido
encontrados por el amor del Padre y lo buscan con
confianza:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y libera nuestros corazones de todo lo que divide nuestro
amor por ti.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, respondiendo a tu fiel búsqueda de nosotros,

te busquemos con sinceridad y perseverancia,
y, con la ayuda de tu misericordia, vivamos siempre libres
de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras
esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador
Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: “La paz les
dejo, mi paz les doy”,
no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu
Iglesia, que busca tu rostro y confía en tu amor que no
falla,
y concédele la paz y la unidad según tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que busca a los que están perdidos y los reúne en su
amor,
y que nos invita a permanecer en Él como Él permanece
en nosotros.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos sido encontrados por Aquel a quien buscamos.
En esta Eucaristía, el corazón que busca de Dios se ha
encontrado con el nuestro. Incluso en nuestra debilidad,
incluso en nuestros deseos divididos,
su amor no se retira.
Él continúa buscándonos y nos enseña suavemente a
buscarlo en respuesta.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor,
que, alimentados por este santo Sacramento,
perseveremos en la búsqueda de tu rostro
y crezcamos cada vez más fieles al amor con que tú nos
buscaste primero,
para que nuestra vida dé testimonio de tu presencia
salvadora.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

El Señor los bendiga y fortalezca sus corazones,
para que lo busquen con sinceridad
y respondan a su llamada con amor fiel.
Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, buscando al Señor que primero los ha
buscado.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Antes de comenzar a buscar a Dios, recuerda: Él ya te
está buscando y nunca deja de hacerlo.

9 de julio de 2026 – Jueves de la 14ª Semana del Tiempo Ordinario

Oseas 11,1-4. 8-9; Mt 10,7-15

San Agustín Zhao Rong y compañeros

*Dios ya está obrando en lo que recibimos y en lo que
damos.*

INTRODUCCIÓN

Una maestra de escuela recibió una carta inesperada
muchos años después de haberse jubilado. Era de un
estudiante al que había enseñado brevemente y al que
casi había olvidado. La carta explicaba cómo una sola
palabra de aliento que ella había dicho en clase había
impedido que ese estudiante abandonara la escuela
durante un momento muy difícil. Ella no tenía memoria de
ese momento; para ella había sido algo ordinario, casi
insignificante. Sin embargo, para otra persona se había
convertido en algo que cambió su vida.

Hoy la Iglesia recuerda a san Agustín Zhao Rong y a sus
compañeros, mártires que, en diferentes tiempos y
lugares, dieron testimonio de Cristo incluso a costa de sus

vidas. Su valentía nos recuerda que el Evangelio a menudo actúa de maneras ocultas—por medio de palabras pronunciadas, vidas ofrecidas y dones dados sin cálculo ni recompensa.

Las Escrituras de hoy nos hablan de un Dios que es a la vez tierno y que envía: en Oseas, un Dios que levanta a Israel como un padre levanta a su hijo; en el Evangelio de Mateo, un Señor que envía a sus discípulos sin nada más que confianza, pidiéndoles que anuncien que el Reino está cerca y que den gratuitamente lo que han recibido. El hilo conductor que recorre todo es este: Dios ya está obrando en lo que recibimos y en lo que damos.

Y, sin embargo, reconocemos cuántas veces no percibimos la acción silenciosa de Dios en nuestras vidas, o cuán vacilantes somos para confiar en que lo que hemos recibido es suficiente para compartirlo. Por estos momentos de duda, de autosuficiencia y de oportunidades perdidas para amar, reconozcamos nuestros pecados y preparémonos para celebrar estos sagrados misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú revelas el amor tierno del Padre y nos levantas como hijos bajo tu cuidado: Señor, ten piedad. Cristo Jesús, tú nos envías a dar gratuitamente lo que primero hemos recibido de ti: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú ya estás obrando en los momentos ocultos de nuestra vida, tanto al recibir como al dar: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y abra nuestros corazones para confiar en su gracia que obra en nosotros, para que recibamos sus dones con humildad y los compartamos libremente con amor, y nos lleve a la vida eterna.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuyo amor es tierno y fiel,
y que ya estás obrando en todo lo que recibimos y en todo lo que damos, concédenos, te rogamos, confiar en tu providencia
y llegar a ser instrumentos generosos de tu gracia,

compartiendo libremente con los demás lo que primero hemos recibido de ti.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

HOMILÍA

Hay una conocida historia en el libro del Génesis que recoge el corazón emocional de las Escrituras de hoy. José, vendido como esclavo por sus hermanos y dado por muerto, llega a convertirse en instrumento de salvación en Egipto. Años después, cuando el hambre lleva a sus hermanos ante él, ellos no lo reconocen, pero él sí los reconoce. Aquellos mismos que lo traicionaron ahora dependen de su misericordia. Sin embargo, José no busca venganza; más bien habla de la providencia: «Dios me envió delante de ustedes para salvar vidas». Lo que ellos pensaron para mal, Dios ya lo había tejido en una historia más grande de vida.

Esta providencia escondida también recorre el Evangelio. Jesús envía a los Doce sin nada más que confianza—sin

riqueza, sin seguridad, sin reservas. Deben proclamar que el Reino de los cielos está cerca, sanar y restaurar gratuitamente. Como José, son invitados a descubrir que Dios ya está obrando en lo que se recibe y en lo que se da. Nada se desperdicia, ni siquiera la vulnerabilidad. Los santos que hoy recordamos—san Agustín Zhao Rong y sus compañeros—vivieron esta verdad, saliendo solo con la fe, muchas veces a costa de sus vidas. Y, sin embargo, su testimonio proclamaba: el Reino está cerca, incluso en el sufrimiento.

La tentación es pensar que la misión depende de tener suficiente—suficiente fuerza, respuestas o control. Pero Jesús invierte esta lógica. El Evangelio no es una transacción, sino un don ya recibido: «Gratis lo recibieron; denlo gratis». No ganamos el amor de Dios antes de compartirlo; transmitimos lo que primero se nos ha dado. José solo comprendió su sufrimiento mirando hacia atrás. Los discípulos solo comprendieron su misión después de haber sido enviados. También nosotros reconocemos muchas veces la presencia de Dios solo cuando miramos

atrás a lo que antes parecía ausencia. Por eso Jesús nos llama a confiar en el momento del envío, no solo en retrospectiva.

Hay momentos en que resistimos recibir gratuitamente porque queremos tener el control, y momentos en que dudamos en dar gratuitamente porque tememos quedar vacíos. Sin embargo, lo que Dios da no disminuye al compartirse; se convierte en vida para otros.

Se cuenta la historia de un joven voluntario que viajó a una aldea remota con poco más que una formación básica. Al principio, había poco que pudiera hacer. Sin embargo, comenzó escuchando, curando heridas y ofreciendo lo que tenía. Poco a poco, otros se unieron, llegaron suministros y surgió una pequeña clínica donde antes no había nada. Más tarde dijo que pensaba que había ido a dar, pero descubrió que también había sido enviado a recibir—hospitalidad, sabiduría y fe.

Ese es el modo del Reino: lo que se recibe gratuitamente se da gratuitamente, y lo que se da gratuitamente vuelve como una gracia que no esperábamos.

Al continuar esta Eucaristía, pedimos la gracia de confiar en que Dios ya está presente en los hilos ocultos de nuestra vida y de llegar a ser instrumentos dispuestos de su presencia.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio, ofrecido en gratitud por lo que hemos recibido y con disposición para dar libremente, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, los dones que te presentamos y concédenos que, confiando en tu providencia, aprendamos a recibir con gratitud y a dar con corazones generosos y abiertos, llegando a ser instrumentos de tu amor salvador. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar,

Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque revelas tu amor como tierno y fiel,
guiando a tu pueblo con el cuidado de un padre
y sin abandonar nunca a aquellos que has llamado tuyos.
En todas las cosas, visibles e invisibles,
ya estás obrando,
sacando bien incluso de lo que aún no comprendemos.
En tu Hijo, nos envías sin temor
a proclamar que tu Reino está cerca
y a dar gratuitamente lo que hemos recibido.
Nos enseñas que tu gracia nunca disminuye al
compartirse,
sino que se convierte en fuente de vida para el mundo.
Y por eso, con los ángeles y arcángeles,
con los tronos y dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir, como hijos que han recibido todo del Padre y confían en su providencia:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males
y líbranos del temor que nos impide confiar en tu providencia.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, confiando en tu gracia que ya obra en nosotros,
recibamos tus dones con humildad
y los compartamos generosamente con los demás,
y, con la ayuda de tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles:

«La paz les dejo, mi paz les doy»;

no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu

Iglesia, que recibe tus dones con gratitud y busca

compartirlos con amor,

y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,

que se entrega libremente por la vida del mundo

y nos invita a recibir y a dar con el mismo espíritu de amor.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido más de lo que podemos comprender

plenamente.

En este momento de silencio, reconocemos que la gracia

ya ha estado obrando— en lo que se nos ha dado y en lo

que estamos llamados a compartir.

Nada de lo ofrecido con amor se pierde jamás;

se convierte en parte de la obra oculta de Dios en el

mundo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te rogamos, Señor,

que alimentados por este santo Sacramento,

confiemos más profundamente en tu providencia

y crezcamos en la libertad de dar sin contar el costo,

así como hemos recibido de ti sin medida.

Por Jesucristo nuestro Señor.

BENDICIÓN SOLEMNE

El Señor los bendiga y fortalezca su confianza en su

amorosa providencia, para que reconozcan su obra en sus

vidas y compartan sus dones con corazones generosos.

Y la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, recibiendo la gracia de Dios y compartiéndola generosamente con los demás.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Lo que has recibido de Dios ya es suficiente—confía en ello, compártelo, y descubrirás que la gracia crece cuando se entrega.

10 de julio de 2026 – Viernes, 14ª Semana del Tiempo Ordinario

Oseas 14,2-10; Mt. 10,16-23

San Canuto IV de Dinamarca, rey y mártir,

Nunca estamos solos cuando damos testimonio de Cristo

INTRODUCCIÓN

Una violinista ensayaba una vez sola en un pequeño salón parroquial al caer la noche. Tocaba con gran belleza, pero cada vez que imaginaba un público, sus manos comenzaban a temblar. Una noche, le confió a su maestro que tenía miedo de ser juzgada si alguna vez tocaba en público. El maestro simplemente le respondió: “Ya estás tocando para Alguien que te escucha plenamente.”

Hoy la Iglesia conmemora a San Canuto IV de Dinamarca, rey y mártir, quien eligió la fidelidad a Cristo por encima de la seguridad del poder. Su vida nos recuerda que la fe no es un adorno privado, sino un testimonio público, incluso cuando implica un costo.

En el Evangelio de hoy (Mt 10,16-23), Jesús prepara a sus discípulos para la resistencia y la incompreensión. Sin

embargo, el corazón de su mensaje no es el miedo, sino la confianza: el Espíritu hablará por medio de ellos cuando sean puestos a prueba.

También nosotros podemos encontrarnos en silencio cuando la fe se vuelve incómoda, o dudosos cuando los valores del Evangelio son cuestionados en nuestra cultura.

Por eso, al reunirnos, pedimos al Señor que perdone nuestros miedos y nuestro silencio, y que renueve en nosotros el valor de dar testimonio.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a dar testimonio de ti con valentía y confianza, incluso frente al miedo: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú prometes que tu Espíritu hablará en nosotros cuando seamos probados: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú permaneces siempre con nosotros, fortaleciéndonos para ser fieles de palabra y de vida: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos libre del miedo, para que confiemos en su Espíritu que habla en nosotros y demos testimonio fiel de Cristo, y nos lleve a la vida eterna.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nunca dejas solos a tu pueblo, sino que lo fortaleces con la presencia de tu Espíritu, concédenos, te pedimos, dar un testimonio valiente de tu Hijo en toda circunstancia de la vida, confiando en que tú estás siempre con nosotros en la prueba y en la paz.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un joven cristiano estaba de pie ante un funcionario romano. Había sido acusado de negarse a quemar incienso al emperador. El funcionario se inclinó hacia él y le dijo: “Solo di las palabras, y vivirás en paz.” El joven

dudó, no porque estuviera inseguro, sino porque sabía que la verdad a veces cuesta más que la seguridad. En ese silencio, el Espíritu le dio valor, y respondió: “No puedo negar a Aquel que me dio la vida.” Fue llevado, pero no estaba solo.

Esa escena refleja lo que Jesús dice en el Evangelio de hoy: “Serán llevados ante gobernadores y reyes por mi causa... pero cuando los entreguen, no se preocupen... el Espíritu de su Padre hablará en ustedes.” El hilo conductor de este Evangelio es sencillo pero exigente: nunca estamos solos cuando damos testimonio de Cristo—el Espíritu habla en nosotros.

Jesús no prepara a sus discípulos para la comodidad, sino para la misión en un mundo que a menudo los malinterpreta o se resiste a ellos. Habla de divisiones incluso dentro de las familias, de sospechas y de persecución. Es un realismo fuerte, y es importante no suavizarlo. El Evangelio no siempre armoniza fácilmente con todos los valores culturales de su tiempo. Esa tensión permanece en cada época.

En nuestro tiempo, como en los días de San Canuto IV, el testimonio aún puede tener un costo. El deseo de Canuto de fortalecer la vida cristiana en Dinamarca lo llevó a enfrentar oposición y, finalmente, el martirio. Su valentía no estaba fundada en el poder político, sino en la fidelidad a Cristo. El mismo Espíritu que lo sostuvo es el Espíritu prometido en el Evangelio de hoy.

Sin embargo, la mayoría de nosotros no enfrentamos pruebas dramáticas. Nuestro desafío suele ser más silencioso: la tentación de callar cuando la fe es cuestionada, de dar un paso atrás cuando los valores cristianos resultan incómodos, o de reducir el discipulado a algo privado. Pero Jesús no llama a un discipulado oculto. Llama a una valentía constante, de la que confía más en el Espíritu que en la aprobación pública.

En otra ocasión, en un hospital, una enfermera fue preguntada por un paciente si todavía creía en Dios, después de ver tanto sufrimiento. Hubo un momento de silencio, y luego ella respondió con sencillez: “Sí, porque Él nunca deja de estar aquí, incluso en el dolor.” No hubo

aplausos ni discusiones. Pero en ese instante sencillo, la fe no se escondió. Se hizo visible en la vida cotidiana.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio, ofrecido con confianza en Dios que nos fortalece en toda prueba, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, los dones que te presentamos,
y concédenos que, fortalecidos por tu gracia,
permanezcamos firmes en la fe
y demos testimonio de tu Hijo con valentía y confianza.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque no abandonas a quienes siguen a tu Hijo,
sino que permaneces cerca de ellos en toda prueba y
dificultad.

Cuando surge el miedo y las voces se oponen a la verdad,
tu Espíritu habla en el corazón de los fieles,
dándoles palabras de sabiduría y de valentía.

En cada época suscitas testigos de tu amor,
que, sostenidos por tu presencia,
proclaman el Evangelio no solo en la fortaleza sino
también en la debilidad,
mostrando que tu poder se perfecciona en la confianza.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir, confiando en el
Padre que siempre está con nosotros y nunca nos deja
solos:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y líbranos del miedo que nos impide dar testimonio de tu
verdad. Concédenos la paz en nuestros días,
para que, confiando en la presencia de tu Espíritu,
permanezcamos fieles en toda prueba
y seguros en tu ayuda constante,
y, protegidos por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda
perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que dijiste a tus apóstoles: “La paz les dejo, mi paz les
do”; no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, que confía en tu presencia y busca
dar testimonio de ti con valentía,
y concédele la paz y la unidad según tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que permanece con nosotros y nos fortalece
para dar testimonio de su amor en toda circunstancia.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

No estamos solos.
En cada momento de duda, en cada acto silencioso de
valentía, el Espíritu ya está actuando dentro de nosotros.
Incluso el testimonio más sencillo, ofrecido con confianza,
se convierte en un lugar donde la presencia de Dios se
hace visible.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor,
que, alimentados con este santo Sacramento,
seamos fortalecidos en la fe
y crezcamos en valentía para dar testimonio de tu Hijo,
confiando siempre en la presencia de tu Espíritu en
nosotros.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

BENDICIÓN SOLEMNE

El Señor los bendiga y fortalezca sus corazones,
para que nunca sean vencidos por el miedo,
sino que confíen en su Espíritu que habla en ustedes.
Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando en que nunca están solos
cuando dan testimonio de Cristo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cuando hablas o vives tu fe, nunca estás solo: el Espíritu
ya está dentro de ti, dándote el valor que necesitas.

11 de julio de 2026 – Sábado, 14ª Semana del Tiempo

Ordinario: San Benito, Abad

Is 6,1-8; Mt 10,24-33

*“No tengan miedo; ustedes valen más que muchos
pajarillos.”*

INTRODUCCIÓN

Un ingeniero civil supervisaba una vez la construcción de un largo puente colgante. Después de meses de trabajo, un visitante le preguntó qué era lo que más le preocupaba. Él respondió: “No las torres que se ven, sino los tornillos más pequeños escondidos dentro del acero. Si incluso uno es ignorado, toda la estructura se debilita.” El visitante quedó impresionado de cómo algo tan oculto podía tener tanta importancia.

Esta atención a los detalles ocultos evoca silenciosamente una verdad más profunda celebrada en la vida de san Benito, abad, a quien la Iglesia recuerda hoy. Su Regla formó comunidades donde nada se consideraba demasiado pequeño para Dios: el trabajo diario, el silencio, la oración, incluso la disposición de una mesa.

Todo se vivía *coram Deo*, ante la mirada de Dios que lo ve todo.

En la primera lectura, Isaías se ve sobrecogido por la santidad de Dios, mientras que en el Evangelio Jesús habla de un Dios que se fija incluso en la caída de un pajarillo. Entre el asombro y la cercanía, la grandeza y el detalle, somos invitados a redescubrir a un Dios que está infinitamente por encima de nosotros y, al mismo tiempo, íntimamente cerca de nosotros.

Esa tensión también está dentro de nuestro propio corazón. A menudo vivimos como si algunas partes de nuestra vida escaparan a la atención de Dios, o como si nosotros mismos fuéramos insignificantes. Mientras nos preparamos ahora para el acto penitencial, reconocemos aquellos momentos en que hemos dudado del cuidado de Dios, no hemos confiado en su cercanía, o hemos olvidado nuestra propia dignidad ante sus ojos.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Señor Jesús, tú revelas la santidad de Dios y nos llamas a su presencia sin miedo: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos recuerdas que somos conocidos y amados, que valemos más que muchos pajarillos: Cristo, ten piedad. Señor Jesús, tú nos envías con valentía, confiando en el Padre que todo lo ve: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos libere del miedo, para que confiemos en su amoroso cuidado y respondamos generosamente a su llamada, y nos lleve a la vida eterna.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que manifiestas tu grandeza en lo sublime y tu ternura en lo pequeño y oculto, concédenos, te rogamos, vivir siempre en tu presencia y ser liberados de todo miedo, sabiendo que somos preciosos a tus ojos. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

HOMILÍA

La visión de Isaías en la primera lectura de hoy comienza con una majestad abrumadora. Ve al Señor sentado en un trono elevado, y el borde de su manto llena el templo. El aire tiembla con el clamor de los serafines: “Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos.” La reacción inmediata de Isaías no es consuelo, sino crisis: “¡Ay de mí, estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros!” Cuanto más se acerca a Dios, más consciente se vuelve de su propia pequeñez.

Y, sin embargo, es precisamente este encuentro el que lo prepara para la misión: cuando un carbón encendido toca sus labios, el miedo se transforma en disponibilidad— “Aquí estoy, envíame.” El hilo conductor que recorre todo este encuentro es sencillo pero exigente: “No tengan miedo; ustedes valen más que muchos pajarillos.” El Dios que es infinitamente santo es también el Dios que llama personalmente.

En el Evangelio, Jesús lleva esta verdad a un enfoque aún más claro. Ni un solo pajarillo cae sin que lo note el Padre.

Cada cabello de nuestra cabeza está contado. Esto no es una exageración poética; es Jesús revelando la profundidad de la atención divina. Si Dios está presente incluso para la criatura más pequeña, entonces ninguna vida humana puede considerarse insignificante u olvidada. Aquí es donde el miedo comienza a perder su dominio. Jesús lo repite tres veces en este discurso misionero: no tengan miedo. El miedo reduce nuestra visión de Dios y de nosotros mismos. San Benito comprendió esto profundamente en su vida monástica. Sus comunidades estaban construidas sobre la confianza en la presencia de Dios en lo ordinario, donde la oración, el trabajo y la fraternidad no eran una huida de la realidad, sino el mismo lugar donde Dios es encontrado y el miedo es poco a poco desmantelado.

Vivir sin miedo, entonces, no es ignorar el peligro o la lucha, sino vivir anclados en una verdad más profunda: somos conocidos, plena y personalmente, por Dios. Su conocimiento no es una observación distante, sino una atención amorosa. Por eso Jesús puede decir, incluso

frente a la hostilidad y la incomprensión, que quienes lo reconozcan serán reconocidos ante el Padre.

Se cuenta la historia de una joven enfermera que trabajaba en un hospital abarrotado durante una grave crisis. Abrumada y agotada, se sintió tentada a guardar silencio sobre su fe, por miedo a ser juzgada o rechazada. Sin embargo, una noche, mientras sostenía suavemente la mano de un paciente moribundo que no tenía familia presente, susurró en voz alta una oración. El paciente, apenas consciente, apretó su mano en respuesta. En ese momento, comprendió que el valor no es la ausencia de miedo, sino la decisión silenciosa de actuar como si Dios estuviera verdaderamente presente en cada detalle de la vida humana.

Así como Isaías fue enviado, y como los discípulos fueron enviados, también nosotros somos enviados—al mundo donde el miedo es común pero nunca definitivo, porque el Dios que ve al pajarillo también nos ve a nosotros.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio, ofrecido con confianza en el Dios que todo lo ve y cuida de cada uno de nosotros, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, las ofrendas que te presentamos, y concédenos que, viviendo siempre en tu presencia, nos ofrezcamos a nosotros mismos con confianza y fe, sabiendo que nada de lo que se da en tu nombre pasa desapercibido. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque tú eres el Dios de infinita majestad,
cuya gloria llena el cielo y la tierra,
y, sin embargo, te inclinas con amoroso cuidado
hacia todo lo que has creado.

Ni la más pequeña criatura escapa a tu mirada,
y nos conoces a cada uno más profundamente de lo que
nos conocemos a nosotros mismos.

En tu presencia, el miedo es vencido por la confianza,
y quienes se sienten indignos son llamados y enviados.

Fortaleces a tus siervos para vivir sin temor,
fundados en la certeza de tu amor fiel.

Por eso, con los Ángeles y Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir, confiando en el
Padre que nos conoce, nos ama y cuida cada detalle de
nuestra vida:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y líbranos de los miedos que disminuyen nuestra
confianza en ti.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, confiando en tu amoroso cuidado por todo lo
pequeño y oculto, vivamos con valentía y fe,
y, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda
perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles:

“La paz les dejo, mi paz les doy”;

no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu
Iglesia, que confía en el amoroso cuidado del Padre y
busca vivir sin miedo,

y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que nos conoce plenamente y nos ama sin medida,
y que nos llama a confiar en el cuidado del Padre.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En esta Eucaristía, hemos sido vistos y amados.
Nada en nuestra vida es demasiado pequeño o demasiado
oculto para Dios.
En su presencia, el miedo cede a la confianza,
y redescubrimos nuestro valor ante sus ojos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te rogamos, Señor,
que alimentados con este santo Sacramento,
podamos vivir sin miedo,
confiando siempre en tu amoroso cuidado
y respondiendo generosamente a tu llamada.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

El Señor los bendiga y los libre de todo miedo,
para que vivan con confianza en su amoroso cuidado
y caminen siempre en su presencia.
Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando en que son preciosos a los
ojos de Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Nada en tu vida es demasiado pequeño para la atención
de Dios—por eso, no tengas miedo; eres profundamente
conocido y grandemente amado.